

# PISANDO SERPIENTES

El tesoro sagrado o el apocalipsis esperado

Ricardo Celis Flores



---

EDIQUID

PISANDO SERPIENTES  
*El tesoro sagrado o el Apocalipsis esperado*  
© Ricardo Celis Flores, 2020  
© Editorial Ígneo Internacional, SAC, 2020  
© Para esta edición con el sello Ediquid, 2020  
Lima, Perú

**www.grupoigneo.com**

Correo electrónico: [contacto@grupoigneo.com](mailto:contacto@grupoigneo.com)

Facebook: Grupo Ígneo | Twitter: [@editorialigneo](https://twitter.com/editorialigneo) | Instagram: [@grupoigneo](https://www.instagram.com/grupoigneo)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por leyes de ámbito nacional e internacional, que establecen penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Esta es una obra de ficción que utiliza nombres reales como parte del proceso creativo del autor y que en ningún momento busca perjudicar ni lesionar la imagen de los nombres, las instituciones y las marcas mencionadas en el libro.

Diseño de portada: Oriana Vargas  
Diagramación: Virginia Palomo Rosendo (Ímpetu creativo)

Colección: Nuevas voces

ISBN: 978-980-7641-66-1  
Depósito legal: DC2020000535

*Para mi hijo Ricky, gracias por tener  
ese corazón tan enorme, pensando  
primero en los demás.*

*Y por alentarme a seguir escribiendo  
sobre un tema que tanto te atrae.*

*No hay palabras para agradecer a mi  
familia, a mi esposa Silvia, a mi hijas  
Sophia y Jessica.*

*A mi madre, que desde siempre ha sido  
Mamá Cuervo, siendo la mejor crítica  
y el apoyo más fuerte e incondicional  
que he podido tener. A mi hermana  
Lily, sabes muy bien que por el resto de  
mis días te estaré más que agradecido  
por tenderme tu mano, brazo y hombro  
siempre que lo he necesitado.*

*Cabe destacar que a pesar de que es  
una novela ficticia, la mayoría de los  
datos que aquí se entregan son reales.*

## PRÓLOGO

*Nicān Mopōhua.* Aquí se narra una historia que comenzó hace cerca de quinientos años dentro de un viejo cuarto con muebles de madera mal tallada y carcomida por termitas. Las imágenes de diferentes personas fueron grabadas como una fotografía, en píxeles en tonos grises y negros.

En total alcanzamos a distinguir a trece personas en diferentes posiciones y lugares, todos dentro del mismo cuarto. Un anciano viendo hacia arriba, un indio sentado, una mujer negra, un sacerdote rezando en cuclillas, un hombre con barba con una rodilla hincada en el suelo, un hombre con facciones blancas sobándose la barba con una mano y una familia de seis con la mamá cargando al más pequeño en su espalda dentro del rebozo, lo que los indios llaman la *manta que sostiene la vida*.

La imagen poco a poco se va magnificando. Quinientas veces más grande, se sigue ampliando mil veces más, hasta ser magnificada dos mil quinientas veces. Los píxeles pasan a ser megapíxeles, ¡todas las imágenes se ven sorprendentemente vivas! Todas están dentro de la córnea de un ojo. La imagen se sigue magnificando, dejan de ser píxeles, ahora vemos los dos ojos, ambos muestran las mismas imágenes de las personas con diferentes proporciones. Los pigmentos atraviesan la tilma entera, pero no hay huella de pinceles. La imagen fue «impresa», no pintada.

La imagen es más clara ahora, ya notamos el rostro de una mujer de pelo negro. Podemos ver las fibras donde está impresa, los rasgos de la tela, la manera en que burdamente fueron cocidos los dos lienzos, el labio inferior quedó impreso sobre un nudo del ayate, lo que brinda un relieve adicional, la firmeza

de los múltiples colores, esa pigmentación que hasta el día de hoy es completamente desconocida. Al ampliar la pictografía notamos que se trata de la imagen de la Virgen de Guadalupe en la tilma de Juan Diego.

Su mirada refleja ternura y bondad. En 1531, los indígenas no consideraban correcto mirar de frente: por eso tiene la cabeza inclinada hacia la derecha en señal de reverencia y respeto.

El ayate, de tan solo 1 metro con 43 centímetros, es la segunda imagen más venerada en todo el mundo católico. Es el símbolo de unión más fuerte del pueblo mexicano con el pueblo español.

El pliegue azteca de la tilma, más allá de tener un poder omnipotente, traerá riquezas jamás imaginadas por un mortal. Bien le dijeron a Juan Diego: «De tus hombros pende el tesoro más sagrado que en la tierra jamás se ha hallado».

Pero también dicen las sagradas escrituras que la imagen de la Virgen de Guadalupe es Apocalipsis 12, 1-2: «...una gran señal: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, coronada de doce estrellas que está a punto de dar a luz».

Esta es la leyenda completa.

# CAPÍTULO 1

Las tinieblas de la noche comenzaban a sucumbir bajo los primeros rayos de sol, un típico amanecer en la Ciudad de México con niebla y *smog*, más exactamente al pie del cerro del Tepeyac donde majestuosamente se yergue la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, mejor conocida como la Basílica de Guadalupe. Un inmenso edificio que puede llegar a albergar hasta diez mil feligreses en una sola misa.

Su construcción comenzó en 1974. Fue sorprendente ver cómo llegaban en esa época albañiles de todo el país que querían trabajar y con sus manos ayudar a levantar la casa de la Virgencita de Guadalupe sin cobrar un solo peso; solo pedían que se les diera de comer. Esto era música para los oídos del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, quien concibió y esbozó cada rincón de esta majestuosa obra, por lo que todos los días mandaba a traer cantidades industriales de todo tipo de tacos para los trabajadores. La construcción del templo de la Guadalupeana les llevó casi dos años de trabajos intensos, siendo inaugurada el 12 de octubre de 1976.

Pero así como se recuerda esa fecha, también se recordará el día de hoy y no será precisamente para festejar.

En medio del rocío, uno de los siete accesos al templo que por lo general está cerrado al público, el acceso norte que da a la calle de Castrojeriz, se abrió violentamente de un solo golpe.

La luz artificial del interior de la basílica cruzó el umbral, penetrando y partiendo la opacidad en la Plaza de Las Américas. Con el rostro completamente desencajado, el arzobispo Jonás Guardiola gritaba entre gemidos y sollozos: «¡Nos la han robado! ¡Se la han robado! Se han llevado a nuestra Virgencita».

El sacerdote cayó de rodillas, levantando los brazos al cielo. La llovizna se precipitó sobre su cuerpo con más fuerza, sus lágrimas se mezclaban con la lluvia que caía sin cesar.

La capa del arzobispo bailaba y se movía de una manera burlesca al compás del viento que constantemente cambiaba de dirección. El típico viento de la Ciudad de México, que ese día no tenía nada de típico.

La lluvia cesó, dando paso a una neblina que poco a poco se hizo más y más densa hasta cubrir lentamente los cinco templos en honor a la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac. En medio de la neblina se podía ver la suspensión de pequeñas gotas de agua, algunas subiendo, otras bajando, rodeando y mojando todo a su paso, ascendiendo lentamente hasta llegar a la cúspide, a los cincuenta metros que mide la basílica, donde se alza una cruz postrada en una M, en honor a María y a México.

En menos de una hora los noticieros de todo el mundo daban a conocer el robo en la capital mexicana. «Este es un reporte de último minuto» decía Jorge Ramos, periodista de una cadena en Estados Unidos. «Uno de los símbolos más importantes de la Iglesia católica, el ayate de Juan Diego donde se muestra la imagen de la Virgen de Guadalupe, fue robado el día de hoy».

En las afueras de la Basílica de Guadalupe otro reportero proporcionaba más datos del suceso: «La Virgen de Guadalupe es, sin lugar a duda, el símbolo de los mexicanos, de los latinos y de los católicos en general. Este es el robo más grande en la historia de la religión cristiana».

El reportero se hizo a un lado para que el camarógrafo mostrara más video de la Basílica, que había sido acordonada por la policía. «Hasta el momento las autoridades han proporcionado muy poca información. En cuanto tengamos más detalles se los daremos a conocer».

Del otro lado de la gran urbe está Ciudad Universitaria. En la Universidad Nacional Autónoma de México, en la sala de conferencias 201 de Ciencias Sociales, este semestre se estaba impartiendo el Doctorado en Estudios Religiosos. Al frente de la

clase estaba el profesor Elías Ortega, que ese día se veía un poco más fatigado de lo normal. A pesar de sus cuarenta y tantos años, era una persona con pocas canas, salvo por unos breves pelos blancos en las patillas.

Sus ojos verdes, semihundidos en ojeras, brillaban en fulgor enfrente de su clase. Era evidente que le producía un intenso placer mostrar sus conocimientos delante de un grupo de discípulos. Relajado, sentado en el escritorio sobre el cual había un ejemplar de su libro *Hitler y el Sudario de Turín* con una suástica sobrepuesta en la carátula, daba su cátedra al frente de la sala medio llena: «Hitler estaba obsesionado con la magia negra, con lo oculto». En la gran pantalla mostraba imagen tras imagen. «Incluso el símbolo nazi, la suástica, cuyo término verdadero es *esvástica*, tiene un significado muy auspicioso, un símbolo de prosperidad y de buena fortuna. Esa fue la razón principal por la cual el partido alemán lo hizo propio. Pero también tiene su lado oscuro. El partido nazi lo adoptó en 1920 porque creían que tenía atribuciones espirituales, místicas y esotéricas».

Las imágenes seguían proyectándose en la pantalla gigante.

«Hitler no solamente estaba buscando la raza perfecta. También quería el poder absoluto, de allí su deseo de obtener el Sudario de Turín. Por este motivo, antes de comenzar a invadir a sus países vecinos, mandó a todo un batallón de soldados a buscar a lo largo de Europa la manta en la que fue envuelto Jesús cuando lo bajaron de la cruz y la lanza que le perforó el pulmón cuando estaba en esta».

En ese momento, la puerta de la sala de conferencias se abrió de par en par, dejando pasar a dos hombres vestidos con traje y corbata. Tras dar un vistazo al recinto comenzaron lentamente a bajar los escalones hasta llegar a la primera fila, donde ambos se quedaron parados.

El profesor, a pesar de haber sido interrumpido por los dos hombres, prosiguió con su clase, mostrando la foto de Adolf Hitler sobre la pantalla de cine. Sobre esta imagen se fue sobreponiendo la imagen del Sudario de Turín, y poco a poco se fue



transformando en una persona amorfa, en un tipo de monstruo sin rostro. Elías prosiguió: «La idea de Hitler era descifrar los códigos en el manto de Turín y así adquirir dos cosas. La primera era el poder de leer las mentes de sus enemigos y la segunda, que le era más importante: el poder de ser inmortal».

La mayoría de los alumnos estaban concentrados en sus laptops, escribiendo las notas del profesor. «Por eso, en 1938 el Vaticano escondió el Sudario de Turín, llevándolo a un santuario secreto en la región de Campania, donde permaneció hasta el final de la Segunda Guerra Mundial».

El profesor se detuvo a tomar un poco de agua y a apagar el monitor. «Pero eso será en nuestra próxima clase. No se les olvide estudiar los capítulos 4 y 5 para nuestro examen de la próxima semana. Gracias y que tengan un excelente día».

La sala de conferencias se vació en segundos, y quedaban solo un par de estudiantes cuando los dos hombres subieron al estrado donde estaba el profesor Ortega. De una manera fría pero formal, uno le dijo:

—Doctor Ortega, soy el teniente Ramos del Estado Mayor. Necesitamos que nos acompañe. El general Teófilo Baltazar necesita hablar con usted.

—Lo siento mucho, pero tengo otra clase en treinta minutos —respondió Elías.

—NO es pregunta —exclamó el segundo oficial, poniéndole una mano en el hombro—. Necesitamos que nos acompañe. El general le responderá todas sus dudas cuando lleguemos.

Elías quedó petrificado, y como sabía que no se podía negar se le ocurrió lo más lógico:

—¿Puedo ver sus credenciales?

Los dos policías sacaron sus cédulas, mostrando su nombre y rango dentro del Estado Mayor. Cada uno se paró al lado del catedrático y lo escoltaron fuera del recinto universitario. Elías pensó «en qué carajos me he metido».

Por la mente del profesor pasaron todo tipo de especulaciones. Pero la que más le sobresaltaba era un posible secuestro.

Pero a la vez, se reconfortaba porque no era una persona acaudalada y realmente nunca antes le había importado. Aunque ahora la situación se sentía completamente diferente. En especial sentado en la parte trasera del Ford Fusion negro con vidrios polarizados y con uno de los oficiales sentado junto a él.

—¿Me pueden decir adónde vamos? —preguntó Elías.

Ninguno de los dos oficiales respondió. El único sonido era del motor V-6 turbo mientras se movían alrededor del Estadio Universitario, antes de tomar la avenida Insurgentes.

Elías trató de bajar un poco la ventanilla polarizada del carro, pero esta estaba con seguro. Transitando por la avenida Insurgentes poco a poco comenzó a notar grupos de personas caminando, algunos en la banqueta, otros sobre la avenida, interfiriendo el tráfico vehicular. Todos se dirigían al mismo lugar.

Al doblar por la calle Montevideo en La Villa Aragón, el semáforo de la intersección marcaba rojo, pero esto no detuvo al vehículo que, repicando su sirena, prosiguió su camino.

Elías supo exactamente adónde se dirigían: justo al final de la calle estaba la Basílica de Guadalupe, donde ya se habían reunido miles de creyentes que pedían respuestas sobre el paradero de la tilma sagrada.

El automóvil negro navegaba con autoridad entre el gentío, metiendo de vez en cuando un sirenazo para dispersar a la masa, para continuar su camino sin detenerse.

—¿Hace cuánto que no viene a la basílica? —preguntó el oficial que conducía, casi llegando a su destino.

—Hace cinco años exactamente, cuando terminé mi tesis doctoral sobre la tilma de Juan Diego —contestó Elías—. No puedo comprender cómo alguien haya hecho...

—Hemos llegado —lo interrumpió el oficial.

Dos soldados postrados en la Calzada de los Misterios le abrían la puerta para recibirlo.

—El general lo está esperando adentro; ellos lo acompañarán desde aquí —le dijo el oficial que lo acompañaba en el asiento trasero y ahora abría la portezuela del copiloto.

El conductor bajó la ventana y le deseó buena suerte al profesor antes de volver a tomar rumbo por la calle Zumárraga, alejándose del gentío.

El cordón policíaco cercaba toda calle lindante a la Basílica de Guadalupe, desde los perímetros de cortes viales por la cantera al norte de la basílica, al sur por la calle Zumárraga, al este la calle 5 de Febrero y al oeste la Calzada de los Misterios.

Un centenar de hombres y mujeres con diferentes atuendos, todos uniformados. Los de verde olivo, miembros del ejército. Los de azul, elementos de la policía. Eran los únicos que podían estar dentro del perímetro, delineado por una cinta amarilla y las barricadas que prohibían el acceso a los automovilistas, ciclistas y peatones. El cerco policíaco abarcaba el museo, la antigua basílica, la capilla del pocito, el bautisterio, el carrillón, la capilla del cerrito, la Plaza de Las Américas y la Nueva Basílica de Guadalupe.

Los soldados encaminaron al profesor Elías hacia la puerta 2. Por alguna razón, nadie entraba o salía por la puerta principal. «Tantas horas que pasé en este lugar» ponderó Elías mientras trabajaba en su tesis doctoral sobre la santa manta. Al entrar por la puerta 2, junto a los confesionarios, Elías penetró en un ambiente iluminado por el tragaluz en lo alto de la iglesia, que permitía el ingreso de una luz crepuscular natural y que también facilitaba la salida de aire caliente para proveer ventilación natural. El profesor extendió su mano instintivamente para tocar una imagen en relieve de la Virgen, de color blanco y elaborada con un nylon de alta resistencia, acompañada por una descripción en braille. «*La Virgen de Guadalupe para los ciegos*». A Elías siempre se le hizo un gran gesto del artista italiano Franco Faranda que, en 2008, con el apoyo del Instituto Italiano, la donara a la Basílica y años después fuera bendecida por el papa Benedicto XVI.

Aparte de los militares y policías, había muchos hombres vestidos de saco y corbata negros con auriculares en el oído, que iban y venían por todos lados. «¿Dónde estaban todos estos

de seguridad anoche?» pensó Elías. «La basílica tiene uno de los mejores sistemas de seguridad, un equipo humano con una gran preparación. Muchos de ellos tomaron cursos en el extranjero, al fin de vigilar a los veinte millones de fieles que cada año visitan la iglesia. Pero al parecer de nada de esto sirvió».

Elías caminó hasta el medio del pasillo de mármol, donde lo aguardaba el general Teófilo Baltazar.